

GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEON

SEMANARIO SATÍRICO

Se publica los jueves

DIEZ CÉNTIMOS el número

Administración: Costanilla de los Angeles, 1

TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 "
Provincias y Portugal, trimestre.	2 "
Año.	10 "
Número atrasado.	0,25 "
25 ejemplares.	1,50 "

AÑO II.

Madrid 23 de Enero de 1896.

NÚM. 11.

REFLEXIONES AMARGAS



He sido *dulce* con los insurrectos, he protegido la caña *dulce* y vuelvo á España como el general Dulce.

LOS JUEVES DE GEDEÓN

Tuve la dicha de asistir, Calinez, a la última conferencia celebrada por el general Weyler, nuestro futuro vencedor de Cuba y el ministro de Ultramar nuestro Castellano, próximo a ser traducido a la cesantía, y no puedes imaginarte lo que gocé con sus dichos y con sus hechos.

—Comprendo que disfrutaras mucho oyéndoles, ¡pero con sus hechos? ¡Pues qué hicieron?

—Se midieron, y el general le lleva a Castellano un dedo.

—¿Además de los cinco mil soldados de caballería, se lleva el general un dedo de Castellano? ¡Arma terrible! ¡Pobre Máximo Gómez!

—No, Calinez, quise decir que le lleva un dedo de estatura. Ni buscados con farol hubieran resultado tan propios el ministro y el general. El uno mide 0'75 centímetros y el otro 0'72. Así es, que todas las potencias europeas nos están gritando estos días: ¡no se achiquen ustedes! Y nosotros, aunque quisieramos, tampoco podríamos ya hacerlo. Pero, en fin, menudito y todo, yo confío en que el general Weyler sabrá menudear las palizas sobre los lomos de los insurrectos, y aparte de este la armonía que reinará entre Castellano y Weyler será perfecta, porque los dos puede decirse que forman un solo hombre.

—Sí, un solo hombre partido en dos por el cable.

—Que es lo mismo que si Castellano se pusiese en la punta de la guía derecha de D. Amós Salvador y Weyler en la izquierda. Pero, ¿y del general Martínez Campos, qué me dices?

—Que no vuelve de Cuba ébrio de gloria precisamente.

—Pero si ébrio de furor.

—Sin embargo, ya conseguirán aquí aplacarle. Por de pronto, se indican varias gracias y mercedes en su desagravio. Habrás visto, amigo Calinez, que le han nombrado presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y a que no sabes tú el primer Consejo Supremo de Guerra que va a dar en cuanto vuelva de Cuba?

—¿Cuál?

—Que no le manden otra vez a dominar insurrecciones. Después, formará Consejo Supremo de Guerra a Cánovas y su perro, y mucho me temo ¡oh, amigo Calinez! que el dueño de la Huerta y el perro del hortelano no sean esta vez los que paguen el pazo.

—El pato querrás decir, Gedeón.

—No, el Pazo de la Merced, que es el pato que tienen ahora los conservadores.

—¿Pero qué hombre ese Pazo de la Merced, tan maravilloso, amigo Gedeón!

Empieza por parecer el título de una novela de la señora Pardo, y además, ha jurado siete veces.

—Sin duda por eso dijo el Evangelio ¡oh Calinez! que siete veces peca el justo.

—Y otras cuatro veces no juró porque no quiso.

—Eso también lo hace Salmerón, y además, temería jurar en falso.

—Y luego, no creas que él jura por su voluntad, sino a la fuerza. Las siete veces que ha sido ministro aceptó las carteras resistiéndose a la suerte, y en virtud de un mandato imperativo de sus diferentes jefes políticos.

—Entonces, si se lo mandaron siete veces, debería de llamarse el ministro del séptimo mandamiento de la ley de Bosch, o no hay justicia en el mundo.

De modo y manera, Calinez, que el Sr. Elduayen nos ha hecho una vez más la Merced de ser ministro y de ser Pazo, ¡pues nunca se lo agradeceremos bastante todos los españoles! Y de Tetuán, ¿qué hay?

—Cólera.

—Cómo, ¡el pobrecito Duquel...

—No, Gedeón, yo me refería al pueblo.

—Me habías asustado, Calinez. Creí que el duque de Tetuán era un caso.

—No, Gedeón, el caso es Navarro Reverter.

—¿Caso de enterocolitis? ¿No será aprensión tuya?

—No, es una desaprensión suya.

—Pero explícate de una vez: ¿qué es lo que le pasa al ministro de Hacienda?

—Que se sostiene en los cambios.

—Es una gran cantidad de hacendista, siempre había yo creído que este Navarro iba a ser el salvador de nuestro comprometido Erario.

—El no ha querido dimitir después de los éxitos de su viaje a Barcelona y ha hecho bien, porque ya ves, un hombre que vuelve del país de las máquinas quitándose una a los viajeros de su propio tren, no es justo que descarrile a poco de llegar a Madrid.

—Confieso que en lo que dices, tienes muchísima razón, pero a mí me han contado que el duque de Tetuán, paseándose de bata y zapatillas en su gabinete, después de haber salido del que preside Cánovas, cantaba con rostro mefistofélico una coplita.

—Dimela si la sabes.

Dice así:

«Navarrico, Navarrico,
no seas tan fanfarrón,
que al llegar Martínez Campos
te dará la desazón.»

—Tiemblo, efectivamente, por el Sr. Navarro Reverter, en cuanto ponga el pie en Cádiz el general y se le pase el mareo del barco. ¡El arsenio que va

a tomar mucha gente! No va a quedar ni una cantidad bastante para matar ratas. Al pobrecito de Beranger no le llegan ya las anclas al cuerpo y está a toda prisa buscando manera de congraciarse con Martínez Campos. Afortunadamente, en su ministerio hay gente muy lista y ya le han hallado el modo de que proporcione una dadadita de miel al terrible huesped del mar Caribe, que llegará pronto a nuestras costas.

—¿Y cuál es, Gedeón, el desagravio?

—Bautizar con su nombre a la tercera lancha cañonera que se está construyendo en no sé qué astillero de *extrangis*. Así esas tres lanchas se llamarán:

«Furor», «Terror» «Martínez Campos», y el general agradecido al obsequio, no pedirá el desarme de Beranger, ni hará que le limpien los fondos, operación esta última, a la cual no podría resistirse el ministro de Marina, ¡porque más que nos los limpia él a los españoles!

Conste, Gedeón, que he leído con grandísima alegría una noticia.

—¿Cuál?

—Que al maestro Campoamor, le van a dedicar una función solemne en el teatro de la Comedia, y nosotros que como tú no ignoras, somos gente descontentadiza y pareca en el elogio, no podemos menos de tributárselo, y cumplido, al insigne humorista.

—Claro está; sus doloras son deliciosas, sus pequeños poemas maravillosos, sus...

—No es por eso, Calinez.

—Pues ¿por qué, Gedeón?

—Por haber tenido la humorada de reconocer por jefe al cantor de Elisa y no haberle tirado todavía la lira a la cabeza.

AL QUE SE VA

LAS RANAS PIDIENDO REY

(FABULA XVI DE SAMANIEGO.)

Con Calleja vivía independiente
el pueblo de los Labras felizmente.
Maceo y Gómez solos imperaban
en la inmensa manigua que habitaban,
mas por cierto *jollín*, un rey quisieron
y a Jove el de la Huerta lo pidieron.
Oye Antón la propuesta *nada ambigua*
y echa un Campos de palo a la manigua.
Debió de ser sin duda buen pedazo,
pues Su Excelencia dió tan gran porrazo
que al ruido se retiraron por el foro,
Apezteguía, Gálvez y Montoro,
y quedan en silencio tan profundo
cual si no hubiese Labras en el mundo.
Mas ya Gómez asoma la cabeza
y viendo del llorón la alba pureza,
publica que es Martínez un pobrecito;
congrégase la turba y por juguete
le rodean un día en el batey,
y dicen que no vale ya aquel rey.
El padre de los dioses irritado
envía a un eulebrón, que a dientes tirado
uerde, traga, castiga
y a la misera grey al punto obliga
a recurrir a Jove nuevamente.
—Si me escuchas oh Weyler, diligente
atiende a lo que dice Gedeón:
y con aquella miserable gente,
haz sin reparo alguno, el eulebrón.

ESPONJAS Y PLUMEROS

¡Eponjas de la Habana, las más conocidas y acreditadas en el comercio y plumeros de España, los más famosos y útiles para quitar aquellos polvos que nos trajeron estos lodos!

¡Eponjas de la Habana, de todas clases y tamaños, desde la esponja de tocador, usada por la parisien laborante que borda banderas para Calixto García, hasta la «esponja preparada» que usan los cirujanos para que los agujeros no cicatricen y sigan abiertas las heridas!

¡Plumeros de todas clases y tamaños también, desde aquel grande y altísimo que acaba de des-acreditarse por querer parlamentar con las telarañas, hasta los plumeros de última novedad, tan espesos y fuertes, que no como plumeros, sino como zorros y disciplinas les alabamos!

—¡Eponjas y plumeros!—va gritando el país por la calle, temiendo que por último en la calle se quedará, porque ya está al cabo de la calle.

Y Gedeón que contempla al infeliz vendedor al través de los vidrios de su ventana, oye el amargo grito y ve que en aquellas esponjas y aquellos plumeros, exacta, aunque inanimada, representación del actual estado de cosas.

¿Qué son los partidos de por allá, sino livianas esponjas, complicadísimos poliperos llenos de mellas, arrugas, hendiduras y recovecos, donde las pequeñas especies zoológicas logran ocultar sus intenciones, cuando no sus cuerpos mismos, en ese tejido de esponja, tejido especialísimo, ni animal, ni vegetal, ni mineral, ni *fá* ni *fá*, ni limoná ni chicha de la política antillana? En la inmensa esponja autonomista, ¿quién descubre al enemigo de España?

En la esponja de la manigua ¿quién atrapa a Máximo Gómez? En la esponja diplomática de Washington ¿quién da con el animalillo laborante?

¡Pobre vendedor si no consigue despachar sus esponjas dentro de poco! Si da lugar a que llegue la época de las lluvias y empieza a caer el aguacero, tan pesadas, hinchadas e insoportables habrán de ponerse, que allí quedará el infeliz sin poder moverse, agobiado y asfixiado en medio de la calle.

¡El plumero! ¿Qué otra cosa, sino política de plumero ha sido la seguida hasta ahora por allí, política de suavidad, de cariño, de dulces cosquillas, que como cosquillas que eran hicieron reír en grande al separatismo?

Vive Dios, que limpiar la Siguanaca con un plumero, solo puede ocurrirsele a quien asó la nieve en Sagunto y la manteca en el Zanjón.

Así andaba Gedeón en sus reflexiones, cuando otras esponjas y otros plumeros que andaban solos invadieron la calle, quitando al ánimo del vendedor las últimas esperanzas de vender algo.

Eran ávidas esponjas del presupuesto, hidrópicas siempre y nunca saciadas; eran también bélicos plumeros que surgían sobre los rojes y los cascós, por ser los días de Su Majestad.

En diálogos breves, cortadas frases y exclamaciones aisladas, llegaban a oídos de Gedeón la explicación de los últimos sucesos y los más distintos comentarios sobre el propio tema.

—Yo creo que irá Polavieja, ¿y usted?

—Hombre, yo iría *po* la joven.

Allá un hombre, que por la conversación debía de ser farmacéutico, y por la inicial debía de ser Fabié, exponía ante un escaparate de sombreros con gasa sus opiniones sobre el relevo.

—¿Quién sustituye a D. Arsenio Martínez Campos?

—Pues, ¡ya ve usted! D. Valeriano Weyler.

—Entonces se ha variado de terapéutica.

—¿Sí?

—Sí, señor; se trata de sustituir el *arsenato* por el *valerianato*.

—Y ¿en qué forma se dará el medicamento?

—El anterior se dió en cataplasmas; éste puede que se dé en pildoras... sin dorarlas, por supuesto.

En aquel instante desembocó otro plumero del brazo del duque de Tetuán, y exclamó a grito herido, pero muy herido:

—El dorador!

—Para chasco—decían en otro grupo,—el que se ha llevado el pobre D. Sabas.

—¿Sí? pues ¿qué le ha ocurrido?

—Nada, que en cuanto recibió el mando de manos de D. Arsenio, se apresuró a telegrafiar al Gobierno su agradecimiento, pidiéndole, además, 20.000 hombres.

—¿Y se los dan?

—Con creces; porqu le envían 20.001.

—¿Uno más?

—Uno que le sustituya.

Señaban los nombres de Arderius, Echagüe, Sarría Valdes, Navarro, etc. etc., como próximos a venir, y los nombres de Ahumada, Bargés, Castellvi, Arolas, etc. como próximos a marchar.

—De modo que—preguntaba uno—¿cuál es el estado de cosas?

—Ya lo ve usted! El estado mayor general del ejército.

El general Salcedo pasó entonces pegado a la acera, para que no dijese que había chado por la calle de enmedio.

Venía de la Presidencia, traía el plumero convertido en llorón, y a todo el que le saludaba decía que le dispensase, porque había pasado el vómito de las declaraciones.

—Bueno—decían en otro corrillo,—y D. Arsenio, ¿cuándo viene?

—Ya se ha embarcado.

—Ha hecho mal; ¿para qué se embarca? si él ya ha pasado la mar!

—Y diga usted, ¿vendrá sólo?

—Algo traerá para el viaje; cuando menos algunos artículos de comer, beber y arderius.

En este momento, Gedeón tuvo que abandonar su observatorio; un fuerte campanillazo dado a su puerta le obligó a salir corriendo para abrirla.

Era Piave, que con faz descompuesta y descansando para respirar, se presentó a su entrañable amigo.

—¡Caramba!—exclamó Gedeón—¿Qué agitado vienes!

—Sí, como es tiempo de guerra, he subido de un tirón toda la escala.

—Bien, y ¿qué te ocurre?

—¡Píjole! ¿No sabes lo que van a hacer con don Arsenio?

—No, ¿qué pasa?

—Quieren traerlo al Consejo Supremo.

—¿Que crueldad! ¡Eso es demasiado!

—No; si lo traen a que lo presida.

—Ah! pues entonces también me parece demasiado.



LE BRAV GENERAL

—Gedeón, ¿dónde habrá gloria que el tiempo no despedace?
—Vé tú a saber, buen Pifa. tos.
—Todo cede, y todo cae.
Hasta el general fusigue, nuestro Boulanger flamante...
—Dirás nuestro panadero, si has de decirlo en romance.
—Hizo un pan como unas hostias.
—Lo creo, porque es un ángel.
—Y ha caído... ¿le han tirado como cosa que no vale.
—Verdad, Pifartos, y ha sido una injusticia bien grande.
—¡Vaya! ¡Relevar a un hombre que ha logrado lo que nadie, hacer la guerra pacífica, quiero decir sin combates!
—Sí, porque cuatro españoles, que serán cuatro tumbantes, quieren que andemos a tiros con esos negros amables, que curan a los soldados, con más amor que sus madres.
—Sí; cuando no los rematan.
—Bueno eso debe olvidarse.
—Sólo los autonomistas comprendían bien los planes del general y han sabido sostenerle y animarle.
—Dicen que ha tenido todo el partido de su parte.
—Todo; no hay autonomista que no le adore y le ensalce; igual los que con Montoro se han quedado en las ciudades, que los que van con Maceo quemando cañaverales.
—Sí; los ha prendado a todos, y le quieren como a un padre.
—Hasta el fin lo han demostrado.
—Y con pruebas indudables, porque cuanto más caído más quisieron levantarlo, y han hecho su causa, cuando por desgracia, los azares de la guerra nos traían a todos inconsolables.
—Para eso son los amigos, para las adversidades.
—Verdad, y así lo comprenden esos corazones grandes.
Fue el general a la Habana, ya te acordarás, á escape, tras de lo de Coliseo, que no ha podido explicarse; pues le aplaudieron muchísimo los amigos de Gálvez.
Luego llegó hasta Occidente la revolución triunfante, y obsequió al mismo San Pedro con tiros al embarrarse; pues más confianza en el jefe, y más vivas y más plácemes.
Nada; creo que si llega Maceo con sus secuaces á tomar el Morro, le alzan al general al instante.
—claro, los autonomistas, siempre fieles y leales— una estatua de primera en el Muelle ó en el Parque.
—Y se le releva á ese hombre! —Y de un modo miserable!
—Gedeón, ya no hay prestigios.
—Sí, Pifartos, ya no hay clases.

DE OJEO

Continúa el Sr. Bustillo rifando con todos sus amigos y compinches antiguos, desde Gedeón hasta el propio Urrecha... y escribiendo con la corrección y galanura á que nos tiene acostumbrados.

En verdad que, si los desahogos del crítico de Buenavista fuesen tan conocidos y leídos por el público como los de su camarada Gedeón, sería cosa de que éste le dijese:

Anciano, la lengua ten...

Pero al público no le importan las pláticas de familia, aunque de esta familia formen parte individuos como Piave, Calinez y el crítico citado: Gedeón, tiene que atender á más importantes negocios y no puede ocuparse en averiguar si á la vuelta del bustillo está el ventorrillo, ó qué es lo que (vel) hay.

No obstante, como cada artículo de Bustillo es una mina para los coleccionistas de solecismos, impropiedades y faltas gramaticales de toda laya, Gedeón no resistiría, si tuviese tiempo y espacio, al deseo de obsequiar á sus buenos amigos con algunas lonjas de sabrosa cecina, cortadas á la buena de Dios, en el último trabajo del Comendador de la crítica.

En el tal artículo, después de llamar *anfibologismos* á las anfibologías y de permitirse algunas otras libertades con el castellano, habla de los chicos de Gedeón, ignorando que Gedeón, nuestro ilustre jefe, ha sido y es célibe, y célibe se conservará mientras viva, porque Gedeón no se casa con nadie.

Crea su merced, Sr. Bustillo, que para escribir mal castellano, tanto da ser chicos como ser grandes y ser literato *callejero* ó crítico grave, de esos que para saber si un drama es bueno ó malo necesitan preguntárselo al taquillero.

Mot de la fin, suministrado por el propio cosechero: «El nuevo Celemin no me resultó.»

¿Qué? ¿Le pareció á usted pequeño?

Crítica de arte:

«De líneas perfectamente determinadas, la ancha frente, la recta y enérgica línea de la nariz, la prominencia de las cavidades orbitarias, los planos de las mejillas, el ligero fruncimiento de los labios, forman el total de un rostro que, á pesar de su rudeza, declaran al primer golpe de vista la sagacidad del político y la entereza del soldado.»

¡Oh mi buen señor Balsa de la Vega! ¿eso es jerga española ó prosa griega? Vuestros inventos hácenme feliz: el que no tenga recta la nariz y las mejillas planas, altas cejas y fruncida la boca, cual las viejas, no es general capaz ni tampoco político sagaz. César y Napoleón y el gran Condé ¡valientes randas son, ídolos de las gentes casquivanas! ¿qué van á hacer sin las mejillas planas, y con nariz picuda ó aguileña? ¿Y Weyler? ¡Fruncirá Weyler los labios como el ilustre Balsa nos enseña en sus preceptos sabios?... Luego, en graciosa salsa, revuelve mi buen Balsa todo cuanto en sus ocios ha empollado y habla con desparpajo inusitado del «partiprix en uso» y del «tipo moral del estatuido». Eso ya, la verdad, es un abuso; eso es querer pasar moneda falsa en nuestro Diccionario, amigo Balsa, porque áun cuando lo admite la Academia, y á confesarlo la verdad me apremia, mal harás, noble Balsa, si te infatuas,

que estatuido es «ornado con estatuas», y eso no es lo que tú decir quisiste... Esto es verdad, aunque no sea chiste.

«No suele frecuentar el Sr. Ocantos los (o) bailes y reuniones de sociedad. Se le encuentra más bien en el Ateneo y en otros centros literarios.»

Bueno. Eso quiere decir que el Ateneo no es sociedad, ni nada. Aquello es una kábila ó tribu salvaje. «En su bagaje literario cuenta ya con las obras siguientes...»

Vaya, pues, ya, si seguimos así, dentro de poco se dirá: El Sr. Fulano tiene una maleta literaria llena de preciosidades.

Y ya no se puede añadir sino: *Mascarilla fecit.*

Dice un periódico que *Le Matin* compara al general Martínez Campos con el conde de Fuentes en Rocroy.

No hay más que un inconveniente y es que el héroe de Rocroy no fue el conde de Fuentes, sino el conde de Fontaine, lo cual es distinto.

Verdad es que en el mismo periódico decía no hace mucho no sé qué cosas de un jardinero llamado *nuestro*, el cual no era otro que el célebre Lenótre.

Y conste que éstos no son *cuentos propios* ni *ajenos*, y que en todas partes euecen *balsas*.



Algunos individuos de sangre real tienen su sino como los demás mortales.

El del duque de Orleans es caerse de todos los caballos que monta.

Si alguna vez le erigen una estatua ecuestre, tendrán que ponerle debajo del caballo.

Pero además tiene el duque como pretendiente al trono de Francia, otro modo de caerse.

De un nido.

Leemos:

«El general Pando ha dispuesto que se retribuya á los que presenten armas procedentes de los rebeldes.»

Eso, eso es lo que hace falta.

Generales de armas tomar.

Detalles conmovedores:

«Los derechistas (suponemos que se refiere al partido de unión constitucional), han visitado al general Martínez Campos para darle explicaciones y tratar de desagraviarle. No han deli ó conseguirlo, porque han salido muy disgustados.»

Es lógico lo ocurrido.

¿Qué querían, voto á tal?

¿Qué después de lo que ha habido resultase el general caído y agradecido?

Los federales de Cádiz han celebrado un *meeting* y en él acordaron enviar un telegrama á Salvocheca, «porque por más que éste haya profesado últimamente ideas extraviadas, siempre se ha reconocido en él al ciudadano honrado.»

Estos gaditanos se creen que todo es *pescagua*.

Sólo á federales se les ocurre buscar ciudadanos honrados en los presidios.

El día menos pensado van á salir los republicanos de Baticola de Abajo poniendo un telegrama de felicitación al *Chato del Escorial*.

Nuestros feroces vecinos:

Dicen de Lisboa que han llegado *las fuerzas expedicionarias* que han hecho la campaña de Lourenço Marquez.

El grueso del ejército se componía de ochocientos hombres, nada menos, los cuales han sido revistados por el rey, no sabemos si en el campo de manobras ó en alguna antesala del *palacio das Necesidades*.

¿Cómo se habrán arreglado los portugueses para dividir ese ejército en cuerpos, divisiones, regimientos etc?

¡Ah! ya: de seguro que no habrán dicho ochocientos hombres, sino 16.000 dedos de hombre.

Dicen los periódicos que el Gobierno, esquivando hablar de *dimisión* ó *relevo* del general Martínez Campos, ha acordado publicar el decreto «nombrando presidente del Supremo de Guerra y Marina, al actual general en jefe del ejército de Cuba.»

Lo cual es como decir: «No le echamos á usted de casa, pero *venimos* en decretar que cierre usted la puerta por fuera.

Por indisposición de la Sra. Tubau se suspenden las representaciones de *La Esfinge*.

Algún catarro, ¿eh?

Porque, ¡cuidado si hace frío en el teatro de la Comedia!

Allí no hay manta de Palencia que valga.

Será cosa de que el Sr. Novo y Colson haga otra *manta del caballo*.

Sagasta con *bronquitis*,
¡Dios le socorra!
y Cánovas á punto de tener *bronca*.

Al jurar Elduayen le preguntaron en Palacio cuantas veces había sido ministro.

Lo que puede que no dijera es que la primera vez lo fue con D. Amadeo.

También añadió Elduayen que le han ofrecido carteras otras cuatro veces.

¡Valiente cosa!

Porque son muchísimas más las veces que no se las han ofrecido.

Palabras sin música del general Martínez Campos:

«Hace bien el Gobierno en prevenir conflictos que, si á mi no me importan, á España mucho».

Con razón se alaba la franqueza del general.

Ya ven ustedes que no puede decir con más claridad ni con más frescura: *(á pesar del calor que hace allí)* que á él le tienen sin cuidado los conflictos en que se pueda ver España.

¡Qué hombre!

También dice el general (hoy no salgo de generalidades) que fue á Cuba sabiendo que no podía ganar nada.

Arsenio, que tienes hijos.

Caballería hacia Cuba,
y hacia España el general.
Así es el mundo, señores,
unos vienen y otros van.

Del proceso de los concejales:

«El juez especial Sr. Gullón, ha recibido hoy declaración al Sr. Gálvez Holguín y á D. Hilarión Es-lava.»

¿A D. Hilarión Es-lava?

¿Qué es lo que irá á poner en solfa el Sr. Gullón?

Dice un colega resumiendo la situación:

«Ignorando todo esto, no podemos hacer otra cosa que una fotografía instantánea de la situación, y eso con la salvedad que tenemos en el objetivo y cabe en toda nuestra máquina muy poca confianza.»

¡Claro! ¿No ve el colega que nadie se está quieto? Más que el Sr. Navarro Reverter.

Otro recorte:

«No hemos de meternos á profetas. Hasta ahora nos hemos limitado á prever, como el aragonés del cuento, que cuando el sábado por la tarde hay nubes, al otro día será domingo.»

También decía otra cosa el aragonés, muy aplicable á los gastos de la guerra.

Que la mejor señal de agua (y pronto empezará la época de las lluvias) es... cuando no hay dineros para vino.

Leo:

«El Ayuntamiento de Zaragoza, propietario del Teatro Principal de aquella población, ha acordado ver con disgusto que funcione allí la compañía infantil contratada por el empresario.»

Señores zaragozanos, hay que ser consecuentes.

Con que los niños no pueden trabajar en el teatro...

Y el Sr. Castellano puede ser ministro de Ultramar.

«Apenas anunciada la marcha del general Weyler á la Habana, han hecho sus preparativos para huir de la ciudad una porción de vecinos de ella, y no ciertamente de las clases poco acomodadas.»

Si tendrá buena fama de cocinero el general, que solo con la noticia de que él vá á coger la sartén por el mango, ya se convierten en liebres todos los gatos escaldados...

Los reformistas cubanos tratan de quitarse de encima la mosca de la ingratitud é inconsecuencia con el general Martínez Campos, y han puesto á Madrid un extenso telegrama, cuyo final es el siguiente:

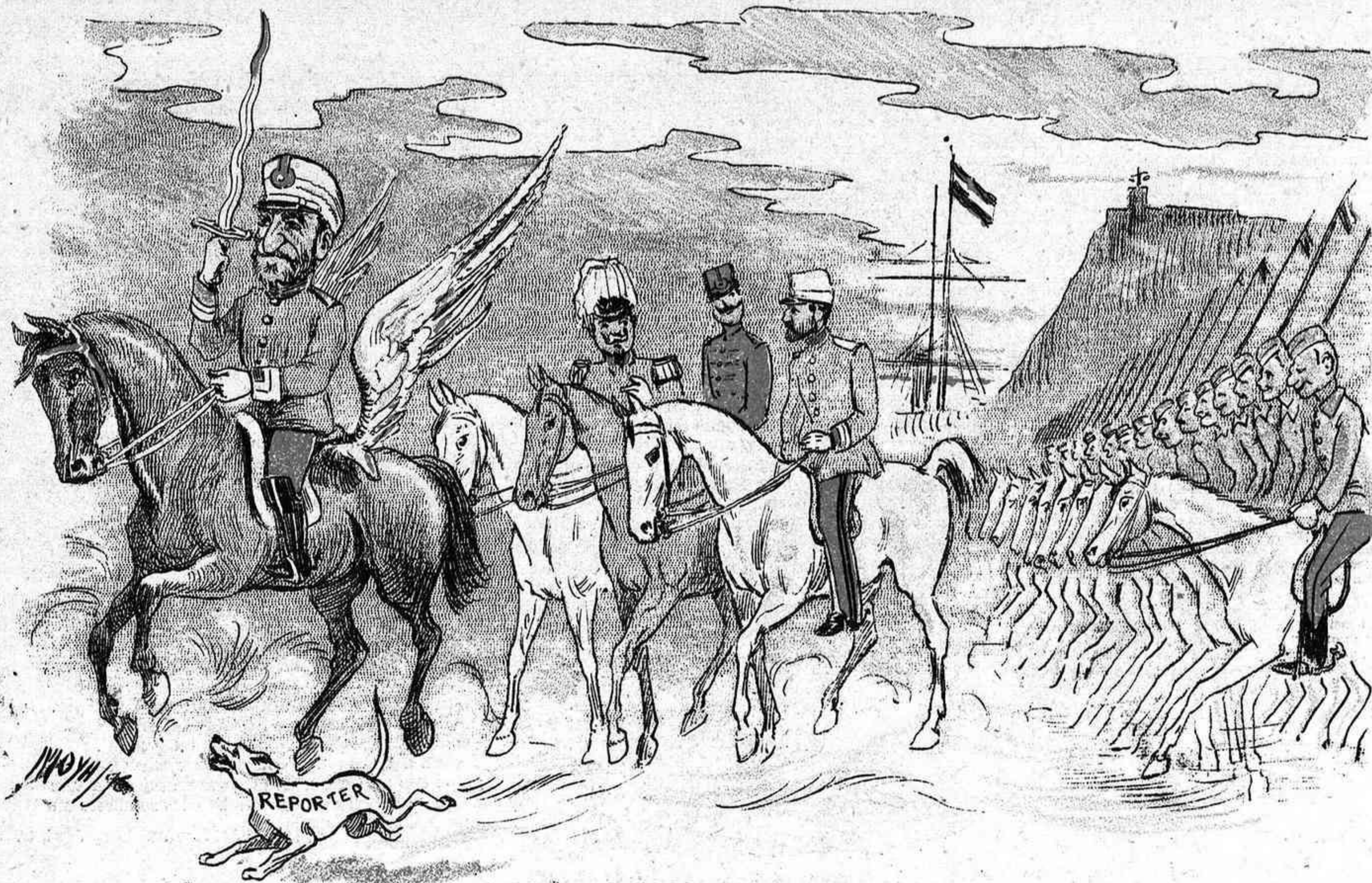
«El *Diario de la Marina* publica hoy un artículo en que rectifica esas apreciaciones y fija con toda claridad la actitud correcta del partido.»

No se cansen ustedes, que no tiene arreglo.

Ya saben ustedes lo que le dijo Quevedo á aquella señora, que después de hacer un ruido intentó borrarlo arrastrando la silla:

—Desengañese usted, señora; como el primero, ninguno!

EL NUEVO GENERAL Y LOS NUEVOS REFUERZOS



Allá va con cinco mil de a caballo.

NUEVO DICCIONARIO

de la Real Academia Gedeónica

(No confundirla con la de enfrente.)

(Continuación.)

AFAMADO.—Lo que quisiera ser de verdad D. Leopoldo Cano; pero están verdes.
AFANOSO.—Mucho lo está el Dr. Esquerdo con su jefatura.
AFEITACIÓN.—Principal cualidad oratoria de Salmerón.
APEITAR.—Lo que nos está haciendo el Gobierno.
AFICIONADO.—Lo es bueno el Sr. Díaz de Mendoza.
AFILADOR.—Buena falta le está haciendo a don Paco para la florentina.
AFINACIÓN.—Cualidad desconocida de Marconi, Stagno y otros divos.
AFLOJAR.—Lo que va haciendo Clarín.
AFRANCESADO.—Bonafoux.
AFRENTAR.—Llamarle a uno concejal.
AGACHAR.—Las orejas: eso hacemos todos.
AGALLAS.—Bien las necesita quien yo me sé.
AGARBANZADO.—El partido fusionista.
AGIGANTADO.—Vital Aza.
AGILIDAD.—Cualidad predominante en Juanito Pedal; pero ya dicen que va poniéndose al Paso.
AGITACIÓN.—Estado habitual de D. Segis.
AGOBIADO.—Lector de Bustillo (si los hay).
AGRACIADO.—Thuiller.
AGRARIO.—Mote de Gamazo.
AGRICULTOR.—En España, sinónimo de pobra de solemnidad.
AGRUPACIÓN.—Para Cánovas, el partido silvelista. Para Silvela, el partido conservador.
AGUA.—Líquido infecto que suelen beber los madrileños mezclado con toda suerte de porquerías. || De cerrijas: discurso de Azcárate. || De nieve: idem de Pi y Margall. || De olor: idem de Moret. || ¡Agua va! Exclamación de Weyler. || ¡Hombre al agua! Idem de Martínez Campos. || Agua arriba: así camina Silvela. || Agua en harnero: promesa de Sagasta. || Agua pasada no muele Gullón. || Ahogarse en poca agua: eso ha hecho el duque de Tetuán. || Algo tendrá el agua y Cerralbo, cuando le bendicen. || Bañarse en agua rosada: lo que está haciendo López Domínguez. || Del agua Labra, libreme Dios, que de la brava me guardaré yo: aplíquese el cuento al nuevo general en jefe. || Del agua vertida, alguna cogida: refrán de Navarro Reverter. || Entre dos aguas: así nada El Liberal. || Escribir en el agua... ó en La Epoca: viene a ser lo mismo, porque nadie ha de leerlo. || Nadie diga, de esta agua no beberé: Martínez Campos bebiendo las de Sobrón.
AGUACHIRLE.—Romance del ciego de Buenavista.
AGUADUCHO.—La isla Cithere de D. Antonio Cánovas.
AGUANTE.—Única condición que se exige para ingresar en el partido silvelista.
AHUECARSE.—Condición precisa para llegar a la Academia.

EL HOMBRE DE ESTADO



Puede ser, tal vez, acaso, quizás que aquí venga usted, marqués, para hacer el paso... el Paso de la Merced.

FUNCIÓN BENEFICA

Cuyos productos se destinan a librar de la suerte de las armas a Gedeón, ante el temor de que le obliguen a ir a Cuba, así como irán todos los españoles... y más que hubiera.

PROGRAMA

- 1.º La sinfonía de *Semiramis*... y no me toques, ejecutada por la orquesta del Real. La banda de San Bernardino tocará dentro por cuenta del antiguo empresario.
- 2.º Fantoches-Arderius, recién llegados de la Habana. Representarán la bonita comedia:
Los palos deseados, manejando los hilos y los cables el Sr. Romero Robledo.
- 3.º Los clowns musicales, por Bretón y Chapí.
- 4.º El bonito monólogo representado por el Sr. Navarro Reverter:
Donde me estoy me estaba.
- 5.º Entrada cómica del Sr. Elduayen.
- 6.º Gran rifa. El Sr. Cánovas rifará con Martínez Campos.
- 7.º Comedia de capa y espada (no se conoce el título pero quizá sea el de marqués, y la representará D. Julio Urbina, el solito).
- 8.º Ramón Guerrero barnizará una cómoda.
- 9.º *Cinderella* ó el zapatito de Aguilera.
10. Ilusionistas poéticos. Felipe Pérez se sacará de la boca veinte kilómetros de romance; Jackson Veyán, buscará un consonante con los ojos vendados; Pérez Zuñiga, hará ejercicios de dislocación, y Vital Aza, escarroteará a Salvany.
11. El marqués de Lerra ayudará a recoger la alfombra.
12. Aria del *Juramento*, cantada por el Sr. Salmerón.
13. El conde de Romanones presentará al Angulo bozeador.
14. Castellano jugará a la galdruña.
15. Tejada Valdosera explicará a lo vivo la caza del conejo en la manigua.
16. Gran batida americana, por los Sres. Marín, Pando, Pin, Salcedo, Echagüe, Weyler... y lo que te rondaré morena.
17. La famosa comedia de magia representada por españoles de ambos sexos (unionistas y reformistas), y titulada:
La pata de Labra.
18. Aria [del *Fausto*, cantada por el Sr. Moret: *Salve di Mora, casta é pura... indemnización*.
19. Ejercicios de ventriloquia, por el Sr. Azcárate.
20. Ferreras, el fonógrafo fusionista. Impresionado por D. Práxedes.
21. Manuel del Palacio se tragará varias estopas encendidas y echará las chispas por la boca.
22. El diputado carlista Sr. Llorens, con el fusil de su invención, tirará al Blanco y al Weyler, y en Martínez Campos hará una diana.
23. *Cecenzusko* americano ó Montoro de Cienfuegos.
24. Se elevará un cablegrama inflado por Troyano.
25. El Sr. Rosell tropezará.
26. Lustonó contará el cuento de la buena pipa.
27. *Gallegada* cantada a coro por el orfeón de Fomento.
28. Felius y Codinas que vuelan.
29. El marqués del Pazo hará un tunel que parecerá dos.
30. Muro, el ex ministro puro—con estrépito caerá—convirtiéndose de Muro—en Muro y Carratalá.